

# EL MUNDO

Domingo, 16 de mayo de 2004. Año XV. Número: 5.272.

## OPINION

### CARTA DEL DIRECTOR

## Los perros de la guerra

PEDRO J. RAMIREZ

Cada una de las tres principales imágenes sobre las torturas a prisioneros iraquíes que tanto nos han indignado estos días merece sus mil palabras. Pero mientras la primera, la de la bruja eléctrica, no deja de evocar una broma de mal gusto para la fiesta de Halloween y la de la soldado Lynndie arrastrando a su víctima con una correa, cual estricta gobernanta de Abu Ghraib, parece extraída de una revista cutre de sex shop, la que a mí me produce intensas dosis de conmoción y espanto -shock and awe- cada vez que la miro, es la de los perros.

El preso iraquí está desnudo con el tronco levemente encorvado y los brazos entre las orejas y la nuca al modo del personaje de El grito de Munch. Sus muslos están flexionados hacia abajo y hacia dentro para proteger sus genitales de los perros. Uno canelo y otro negro. Los perros están en posición de ataque. Ladrandos, dando saltos de excitación ante su presa. Un militar señala al prisionero el suelo. Tumbate. Otros dos sujetan a los perros, tensando sus correas. Pero pueden abrir la mano en cualquier momento. El prisionero observa los colmillos entre las fauces babeantes e imagina lo que le puede empezar a suceder si se desparrama por el suelo y expone sus partes blandas a esas fieras. Eso es el miedo.

Este preso es el más desvalido de los seres humanos. El fotógrafo nos convierte en el compañero de colegio que en el relato de Vargas Llosa Los Cachorros contempla la castración de Pichulita Cuéllar por el mastín del director: «Ahí encogido, losetas blancas, azulejos y chorritos de agua, temblando, oyó los ladridos de Judas, el llanto de Cuéllar, sus gritos, y oyó aullidos, saltos, choques, resbalones y después sólo ladridos ».

¡Ah, el fotógrafo! Según el cineasta británico David Modell hay una diferencia esencial entre estas imágenes y las que diariamente reflejan atentados, carnicerías y otras situaciones más espantosas: la intención del que las hace. El

reportero gráfico se juega a menudo la vida para dar testimonio del horror como un acto de contribución a la denuncia. Al mirar sus fotos de cuerpos desmembrados tomamos inmediatamente partido en contra de los responsables de los hechos y fortalecemos la conciencia colectiva que va formando un frente de rechazo.

Cuando el propio acto de hacer la foto es la culminación de la tortura y de la humillación, la prueba insoslayable de que, como escribía el columnista William Pfaff, hay norteamericanos que ven en los iraquíes a esos mismos «untermenschen» -subhumanos- que veían los nazis en los judíos y gitanos, entonces nuestra mirada adquiere un sentido diferente. Es inevitable sentirse sucio, contaminado por el ritual que contemplamos detrás de los soldados y los perros, desde el mismo lugar en el que está la cámara vejadora y abusiva. Sólo podemos redimirnos si cambiamos de sitio y de bando, nos metemos en el pellejo del pobre infeliz amenazado y sentimos el miedo que está sintiendo él.

Susan Sontag ha titulado su último ensayo sobre la fotografía de guerra *Looking at the pain of the others: «Mirando el dolor ajeno»*. Pues bien, la única empatía que puede ser más desagradable que la del dolor es la del miedo. Lo que el preso iraquí -y nosotros con él- no puede, no podemos, soportar es el temor a lo que creemos que está a punto de suceder. Así lo dice expresamente el siniestro vademécum para el interrogatorio de prisioneros de la CIA conocido desde los años 70 como Manual Kubark: «La amenaza de infligir daño puede disparar temores más devastadores que la sensación inmediata de dolor».

El descenso a los infiernos de Abu Ghraib no es una excursión aislada como tampoco están fuera de contexto los depravados jerarcas fascistas que en la película de Pasolini apuran el ocaso de la república de Saló hasta la última sevicia. Hace ocho meses la revista de centro derecha *The Atlantic* dedicaba su portada al «Oscuro Arte del Interrogatorio», reflejando en un extenso artículo de Mark Bowden el interés de la Administración Bush por explorar y relajar los límites legales de la tortura. Después de tres décadas de autocontrol fruto de los escándalos de la era Nixon y de la resaca de Vietnam, las riendas se aflojaban tanto para la CIA como para sus subcontratistas privados.

Uno de los antiguos jefes de la Agencia, convertido ahora en coordinador antiterrorista del Departamento de Estado, Cofer Black, lo insinuaba claramente ante un comité del Congreso: «Esta es un área estrictamente clasificada, pero puedo decir que ha habido un antes y un después del 11 de Septiembre y que después del 11 de Septiembre nos hemos quitado los guantes». ¿Qué significa eso? Pues, por ejemplo, que antes se cumplía el reglamento y los perros servían de auxiliar intimidatorio con el bozal puesto y ahora se olvida sistemáticamente cumplir tal requisito. En eso ha avanzado la lucha

antiterrorista: después del 11-S los agentes golpean con los nudillos descubiertos y los perros muerden a bozal quitado.

Si la cumbre de las Azores fue un subterfugio de la administración Bush para eludir la legalidad internacional a la hora de decretar la invasión de Irak, la catalogación de gran parte de sus prisioneros de guerra en la nueva categoría de «combatientes enemigos» no ha sido sino otro subterfugio para eludir la aplicación no ya de las garantías procesales vigentes en los Estados Unidos, sino de los propios requisitos de la Convención de Ginebra y de la mismísima Declaración Universal de Derechos Humanos.

Según un artículo publicado la semana pasada en The Washington Post, el Gobierno norteamericano mantiene cerca de 9.000 prisioneros, privados casi de cualquier derecho, en centros de detención en el exterior. Se trata de un nuevo archipiélago Gulag que se extiende desde la base de Guantánamo, donde se experimenta con los efectos de la privación sensorial, hasta las terribles prisiones afganas de Bagram y Kabul -esta última más conocida como El Pozo- y se desperdiga por medio mundo, incluyendo celdas a bordo de buques norteamericanos y enclaves en países amigos del Tercer Mundo, como ese Hotel California que ni siquiera los presidentes de los comités de Inteligencia del Congreso saben dónde está, en el que la CIA aplica todos los renglones del Manual Kubark a los supuestos miembros de Al Qaeda. Un nuevo archipiélago Gulag comunicado por líneas aéreas clandestinas y operado por agentes secretos y mercenarios que no responden ante nadie de sus actos.

¿Cómo no comprender que si se hubiera capturado a un miembro del comando que tenía en sus manos a Nick Berg, se le hubieran apretado al máximo las clavijas para tratar de llegar a tiempo de impedir que el cuchillo del fanatismo horadara y desgarrara su garganta hasta degollarlo? Pero las denuncias que se amontonan sobre las fotos de Abu Ghraib demuestran que del estado de necesidad se ha terminado haciendo una sádica rutina, en la que todos los estereotipos del neocolonialismo se abastecen en la barra libre de la violencia recreativa.

«El comportamiento de los guardias de Abu Ghraib es la consecuencia natural, casi inevitable, del limbo legal en el que esta Administración ha situado a los detenidos en su forma de afrontar la guerra contra el terrorismo», escribía el otro día en el Financial Times un analista como Martin Wolf que se define no ya como pronorteamericano, sino como partidario de Reagan, Nixon y Bush padre.

En la visita del domingo pasado a Diwaniya los directores de algunos medios nacionales pudimos darnos cuenta del profundo impacto que las imágenes de torturadores y torturados habían tenido entre el contingente de Base España.

Mientras los soldados les dedicaban expresiones de incredulidad y asombro, los mandos las consideraban el punto de no retorno para la ya imposible pretensión de conseguir que la población civil pueda sentir simpatía hacia las fuerzas ocupantes. Algún experto en la sociología islámica subrayaba incluso que no puede haber nada tan demoledor para el prestigio de los Estados Unidos en la zona como la visión de mujeres occidentales con pantalones y pitillos en la boca, vejando sexualmente a varones árabes.

«El problema de fondo es que mientras los militares españoles o de otros países latinos tratamos siempre de adaptarnos a la cultura de los lugares a donde nos destinan, los norteamericanos y los británicos actúan como si fueran parte de una raza superior y tuvieran derecho a imponer sus propias reglas», argumentaba el amable comandante Peña que la suerte me deparó por cicerone.

Para el Jefe del Estado Mayor del Ejército Luis Alejandro -único general español de cuatro estrellas- a los errores que hayan podido surgir en el seno del mando militar norteamericano hay que añadirles el efecto amplificador que esas órdenes equivocadas adquieren cuando son ejecutadas por mercenarios de empresas de seguridad privadas como las que proliferan en estos momentos en Irak. Según Alejandro gran parte de la responsabilidad del sangriento saldo de los choques entre manifestantes y fuerzas ocupantes en los que se vieron envueltas nuestras tropas en Nayaf, hay que atribuírsela a esas unidades irregulares que no observan el código de conducta propio de los ejércitos profesionales.

Es lógico que un brillante militar de carrera subraye este argumento, máxime cuando hay cálculos según los cuales una décima parte de los efectivos controlados por el mando de la coalición en Irak son ya mercenarios contratados por empresas privadas. Pero escenas como las de Abu Ghraib nos hacen recordar que Frederick Forsyth tomó el título de su famoso best seller sobre los soldados de fortuna del Tercer Acto del Julio Cesar de Shakespeare. Concretamente del momento en que Antonio pronostica ante el cadáver del líder asesinado que las peores calamidades surgirán del seno de la propia Roma: «Cry: 'Havoc!' and let slip the dogs of war». Algo así como: «Grita: '¡Muerte -caos, destrucción, estragos-!' y deja sueltos a los perros de la guerra». Porque en definitiva, como puede comprobarse en esas estampas de la vida cotidiana durante una entretenida jornada en la prisión, los perros son la guerra y están dentro de todos nosotros.

**pedroj.ramirez@el-mundo.es**